

EXTRAÑEZA Y ENTRAÑEZA DE ESPAÑA

Juan Carlos Goyeneche, Director de la revista argentina Sol y Luna, ha estado en España durante algunos años. Escasos por el número, pero, como se ha observado, ricos en densidad.

Hace poco, Juan Carlos dejó España y se volvió a su tierra, que es como cambiar de estancia en una misma casa.

Si la Hispanidad no sirviera para decir cosas como ésta, ¿para qué la querriamos? No nos importa en ella el aparato verbal, sino el entrañable convencimiento de nuestra unidad y de nuestro común futuro. Goyeneche vino a decirnos eso; y eso le contesta Lain en las palabras que aquí recogemos, con las cuales inició el homenaje de despedida al intelectual argentino.

Pedro Lain Entralgo era ya una de las cabezas españolas mejor dotadas y con mayores merecimientos para una gran misión intelectual. Desde la despedida a Goyeneche, Lain es más aún. De ahora en adelante, a sus palabras tendremos que acudir siempre que sea precisa la afirmación: Sí, ésa es y no otra la Hispanidad.

¿Me permites, Juan Carlos Goyeneche, que invente aquí la historia de tu linaje? Historiador soy; pero no siempre sea el oficio de historiador "vaticinar sobre huesos secos", según la fórmula de Fray Jerónimo de San José; que sea alguna vez nuestro oficio vaticinar el pasado sobre cuerpos vivos y almas abiertas al futuro.

Verás, Juan Carlos. Hace ahora muchos años —no sé cuántos; muchos—, un abuelo tuyo sintió en las dulces montañas de Vasconia que le venía estrecho su valle nativo. A sus mayores les gustó siempre más vivir en la altura que en la hondonada, y en la altura hicieron su casa: por eso les llamaron los Goyeneche, "los de la casa en lo alto". Uno de los tuyos sintió un día, como he dicho, que le venía estrecho el valle familiar. Era

de tez clara y cabellos rubicundos; tenía el alma cándida y anhelante de los buenos vascongados. El mar estaba a su vera, incitante como un camino largo y difícil, y al otro lado del mar la promesa inmensa de unas tierras inacabables: tierras del Plata, bonito nombre, las llamaban. ¿No decimos voz argentina a la voz que suena bien? Tan bien sonó la voz de aquella tierra lejana en los oídos de tu abuelo, que no supo oírla quedo, y en la orilla del Plata instaló un día su ansia individual de vida futura y espacio.

Algo llevó consigo, sin embargo, además de su sangre y su sed de ventura. Llevó consigo una fe religiosa consistente y honrada, esa que se toca y se ve, todo cuanto la fe de los hombres puede tocarse y verse, en las iglesuelas barrocas y en los hogares sencillos de la tierra vasca. Llevó también una partecilla de nuestro idioma, que así, alma a alma, fué llevado a la otra ribera. "Las palabras —ha escrito un pensador nuestro y vuestro— son unas ágiles avecicas que andan revolando de labios en oídos y llevan sobre sus alas misteriosos y potentes conjuros". Y luego, más precisamente: "las palabras son los lugares donde habitan las ideas y los sentimientos". Tu abuelo, y otros muchos con él, llevaron en sus almas a la tierra nueva bandadas de estas voladoras avecicas: una servía para llamar "Dios" a la Causa Primera de todo lo existente; otra, que sonaba "justicia" —así, rozando la garganta, como para hacer notar su imperio ineludible—, designaba la forma primaria de la relación entre el hombre y sus concriaturas. Y como estas, tantas otras: "honra", "lealtad", "entereza", "gravedad", "inteligencia"... Viejas palabras siempre vivas, cargadas de los mejores conjuros hispánicos.

Todas ellas, juntas con la fe religiosa que expresaban, llevaban sobre sí, máximo conjuro, una honda concepción del mundo, como ahora decimos los pedantes, o, mejor, un modo de ser hombres, como tal vez debiéramos decir. Este modo de ser hombre tenía, como todos los modos de ser tienen, elementos esenciales y elementos accidentales. Dejemos éstos y atendamos a los primeros. Según ellos, lo primero y principal para el hombre es el problema de su ser y su destino. "Hombre soy, y lo humano es para mí lo primero", decía, sabiéndolo o no, tu abuelo, y seguimos diciendo nosotros. Y porque es así, consideramos

que la relación de hermandad entre los nombres —esa por la cual nos llamamos, antes que por cualquier otra cosa, *semejantes*— no es primariamente un problema de naturaleza física, sino de naturaleza espiritual, de espíritu eterno animador de carne sucesiva; en una palabra, de destino. Son hermanos los hombres en cuanto tienen, y saben que tienen, y quieren tener un común destino eterno, histórico y cotidiano; en cuanto son, todos, imagen de Dios y caminantes o viadores hacia Dios, aunque a veces, ¡ay!, sea torcido el camino de ese viaje ineludible. Y son, somos, doblemente hermanos, en cuanto queremos expresar ese común destino en formas de vida y en palabras similares.

Esto sentía tu abuelo; esto habían sentido también aquellos españoles del siglo xvi, cuyo modo de ser hombres motivó las siguientes palabras, dirigidas por un Obispo de América al Rey de las Españas: “Señor, los indios se van acabando, porque los españoles, a falta de mujeres, se casan con indias. Indio que puede haber una de ochenta años, lo tiene a buena ventura.” Tan hondo y firme modo de ser había de tener una consecuencia. Mírala en ti y en tu contorno, Juan Carlos. Tú, un Goyeche, un descendiente de aquel vasco que prefirió edificar su casa en lo alto, vives en hermandad eterna, histórica y cotidiana con otros de tu linaje vasco: los Anzoátegui, los Etchecópar, los Iburguren; pero también con los Estrada, los Amadeo, los Pico, los Espezel; y, no menos que con ellos, con los Becar, los Marechal, los Meinvielle, los Labougle, los Malatesta, los Molinari, los Sepich, los Rau, los de Anquin, los Mac-Kinley, los dell’Oro... ¡Cuántas sangres, cuántos linajes, cuántos valles europeos —cántabros, toscanos, alpinos, auverneres, carpáticos, escoceses, tudescos— reducidos a hermandad histórica, por obra de un viejo modo de entender el ser y el destino del nombre!

Mas no ha sido esa la única consecuencia. Otra hubo, a la vez sorprendente y venturosa, con esa capacidad de asombrar que tienen para el hombre profundo y humilde las cosas previsibles. Porque previsible y asombroso fué, Juan Carlos, que un día os reunieseis unos cuantos, aquellos en quienes el viejo modo de ser era más vigoroso y lúcido, y nos regalaseis a los hispánicos de esta ribera la fórmula expresa de vuestra y nuestra

hermandad: "Nuestra relación con España —dijisteis, y millones de huesos se estremecieron oyéndolo— nuestra relación con España no es la hispanofilia, sino la hispanofiliación". Lo diré con las palabras de Palacios que tú mismo leíste un día: "Continuamos la historia de España aquí en América con el mismo título que los habitantes de la Península...; ella nos es común hasta que se bifurca...; Pelayo está a la misma distancia de unos y de otros, y tan nuestros como de ellos son la lengua y el Romancero y los grandes capitanes de la conquista. Tenemos una manera peculiar de ser españoles que ha cambiado de nombre, y se llama ser argentinos."

Esto dijisteis, y con ello disteis la clave de nuestra situación histórica tanto como de la vuestra, porque nuestra relación con España es también la hispanofiliación. Permíteme ahora, Juan Carlos; permitidme los demás que diga mi modo de entender nuestra común hispanofiliación.

Hace algunos años —¡ cuánto tiempo, por la densidad, cuán poco, por el número!—, tú, un blondo y dulcilocuente nieto de aquel otro Goyeneche, el vascongado sediento de horizontes, viniste a España. Un país "extraño" según la opinión de los Merimée, los Gautier, los Zetzner, los Borrow. Mas para vosotros, los hispanofiliales, no es, no puede ser España un país extraño. No es tampoco, ni puede ser un país familiar —no nos engañemos—, porque la "bifurcación" antes aludida no ha sido en casi siglo y medio negocio baladí. ¿Cómo es España para vosotros, entonces? Perdónenme los académicos y los puristas, porque voy a decirlo con un adjetivo nuevo: España es para vosotros un país "entraño". Vuestra actitud ante él no es la familiaridad, sino la "entrañeza", palabra que, como es patente, viene de *interanea*, "entraña", lo más íntimo y esencial de una cosa o de un asunto. España y los españoles os muestran en seguida la piel que da la "extrañeza" y las vísceras y los penetrales que despiertan —aceptadme la redundancia— vuestra filial, vuestra entrañable "entrañeza".

Veamos con ejemplos al canto, cómo los españolísimos narradores de feria, en qué consiste vuestra "entrañeza". Venís a España. Veis El Escorial, el Archivo de Indias, el claustro de Silos, los gruesos tomos donde están impresas la *Metafísica* y la *Teología* de Suárez, los monjes de Zurbarán, las miradas de

Goya; oís los donaires cotidianos de un pueblo avezado a dar quiebros al dolor, a la soledad y a la muerte; advertís que algunos hombres, nobles o siervos de la gleba, viven con la sencillez y la gravedad de aquel hidalgo toledano de *El lazarillo de Tormes*; conocéis a otros capaces de encerrarse dentro de cuatro muros para defender a muerte una causa justa; tratáis con los que saben orar sin ostentación, pensar con rigor, mandar con llaneza y obedecer con señorío. Veis todo esto, y el palpito sutil de vuestra hispanofiliación se os inunda al punto de íntima "entrañeza": "Esto es España, estas son la realidad humana y la hazaña histórica cuya maternidad sentimos en la entraña de nuestro ser", os decís, tácita o articuladamente, dentro del recinto insobornable de vuestro fuero interno. Por obra de una suerte de *anagnórisis* histórica, no por esperada menos maravillosa, el sentimiento de "entrañeza" os hace identificar la verdadera madre de vuestra filiación espiritual.

Pero no todo es "entrañeza" en vuestra experiencia de España. Sentís también, cómo no, "extrañeza". ¿La misma, por ventura, que sintieron los Merimée, los Dumas y los Borrow, frente al supuesto o real pintoresquismo de nuestra vida? En modo alguno. A vosotros os extraña el verbalismo confuso y huero de algunos, la existencia de otros cuya palabra no coincide con su conducta visible, la codicia brutal de los que hacen granjería de la privación y del dolor ajenos, los frívolos a la hora en que la gravedad es urgente; ios que sin la valentía de la retractación se desprenden de su pasado inmediato, quienes desde un puesto de mando prefieren declarar que sus amigos son los mejores a conseguir que los mejores sean sus amigos; y luego los blandos, los afectados, los enfáticos en el decir o en el hacer. Cuando veis todo esto, vuestra entrañable hispanofiliación se rebela, y este movimiento de rebelión se manifiesta en forma de "extrañeza".

Amasada de una y otra, de extrañeza y de entrañeza, está vuestra experiencia de España. Algunos —¿para qué dar nombres?— se dejaron dominar por la primera, a lo cual siempre conspira alguna influencia ajena a nosotros, y volvieron a la otra ribera desesperanzados, cuando no maledicentes. Otros, en cambio —entre ellos, muy en cabeza, tú y los tuyos—, sabéis poner siempre la esperanza que nace de la entraña sobre el

desánimo que a veces engendra el primer contacto con nuestra superficie, aunque la operación no sea siempre fácil. Sabéis hacerlo, a la postre, porque vuestro ánimo es joven y, como decía Quevedo y suelo yo repetir,

*no admiten el invierno corazones
asistidos de ardiente valentía.*

Mas también, creo, porque la sensibilidad de vuestra hispanofiliación, agudizada por los primeros choques con la realidad de España, os permite descubrir pronto que en esa realidad, abierta a nuestros ojos con largueza, cuando no con manifiesto desgarró, celtibéricamente, hay no pocos hombres situados frente a su patria en actitud muy semejante a la vuestra. Ante ti se sientan unos pocos; fuera, en los caminos de España, viven muchos más.

Estos hombres, jóvenes de edad en su mayoría, de alma todos, se declaran también hijos de España; o, mejor aún, de "una" España, la España ejemplar, la única España frente a la que cabe el orgullo de la filiación. Con mucha modestia, pero con irrenunciable gravedad, se sienten hoy activos titulares de su espíritu, ya que no pueden ser repetidores de sus hazañas. Tal vez no lograrán componer otro *Quijote*, pero saben escribir con ambición de universalidad y vivir con entereza quijotesca; tal vez no darán al mundo un Suárez o un San Juan de la Cruz, pero entienden la mística y, a su manera —la manera de nuestro tiempo—, quieren pensar con rigor metafísico y teológico; acaso no vencerán en lides tan resonantes como las de Lepanto y Mühlberg, pero están dispuestos a morir otra vez como en Brunete y en el Ebro. Por todo esto, como vosotros, pero con más íntimo dolor y angustia más lacerante, sienten extrañeza, honda extrañeza frente a todo lo que no concuerda con su arquetipo o idea ejemplar de España.

Estos hombres no se conforman, sin embargo, con creer, soñar y extrañarse. Dijo hace sesenta años un alemán genial y enajenado, y lo enseñó entre nosotros Ortega hace cuarenta, que la patria no es la tierra de los padres —"Vaterland"—, sino la tierra de los hijos —"Kinderland"—. Nosotros queremos más. No nos conformamos sino con una patria que sea a la

vez "Waterland" y "Kinderland". O, si preferís decirlo de otro modo: queremos que nuestros hijos no tengan sólo padres, mas también abuelos conocidos. Como todas las ideas ejemplares, nuestra idea ejemplar de España no es histórica u ocasional, sino eterna, y, por tanto, capaz de expresarse con diversidad analógica en los más diversos tiempos, como la santidad, la justicia y las verdades de los hombres. Cabe en ella lo mejor de nuestro siglo XVI, pero no menos caben la hazaña de Baler y la del Alcázar, la acción titánica de Menéndez Pelayo y la obra rigurosa de Menéndez Pidal, las páginas más cimeras de "Azorín" y la doctrina de José Antonio, los versos de Rubén y los lienzos de Zuloaga, el "Martín Fierro" y el indio Juan de Diego, los hallazgos de Cajal y el canto de maitines de nuestros monasterios. Caben en ella también, y esto es lo que más nos enciende el alma, las obras, los decires y los sentimientos mejores de los hombres hispánicos que vivirán en 1980 y en el siglo XXI, "la gema iridiscente de la España que puede ser", para decirlo vertiendo hacia el futuro una expresión maravillosa dicha mirando hacia el pasado.

Por eso te decía, Juan Carlos, que estos españoles no se conforman con creer, soñar y extrañarse. Entienden a España como empresa, y quieren obrar creadora y eficazmente. Lo quieren, además, con resolución y gravedad muy enteras, y ven cada vez más claro los dos grandes deberes que su empeño exige: un deber de ambición y otro de rigor. Ambición y rigor, rigor y ambición. Sin ambición, el rigor y la precisión dan, a lo sumo, obras de marquetería; sin rigor ni precisión, la ambición se deshace en retórica vana o se transmuta en resentimiento. Con ambición y rigor, cada vez más hondamente sentidos, emprenden diariamente algunos españoles su trabajo de escribir, cavi- lar, curar enfermos, abrir legajos, construir máquinas, mandar hombres o administrar una parcela de cosa pública. Y piensan que ningún español debiera nombrar las tres carabelas, ni hablar de los conquistadores, ni de las Leyes de Indias, ni de la fundación de Universidades en América, si no da cada día testimonio suficiente de su ambición y su rigor. Esto queremos, así lo queremos. ¿Lograremos entre todos que nuestros hijos, los españoles de 1980, quieran transmitir a los suyos la heren-

cia de sus padres? He ahí nuestro constante, nuestro acucioso problema.

Viniste un día, Juan Carlos, y nos trajiste el testimonio de vuestra hispanofiliación. Hoy vuelves a la tierra cuya voz cantó en el oído de tu abuelo, y tienes el compromiso de dar allí el testimonio de la nuestra. Cuenta todo a los verdaderamente hispanofiliales: tu entrañeza y tu extrañeza, nuestra insatisfacción y nuestra esperanza, nuestros logros y nuestros proyectos. Diles que los españoles de aquí —por lo menos, los que aquí sienten en sus almas esa ambición y ese rigor— les exhortan a ser hispana, humana, cristianamente ambiciosos y exigentes de sí mismos. Diles que les necesitamos, porque somos españoles, y no nacionalistas. Diles, Juan Carlos, que a todos cuantos en ambas riberas sepamos ser fieles a nuestro alto deber, pocos o muchos, ricos o pobres, talentosos o simples de espíritu, nos está aún reservada una de las más hermosas esperanzas de este mundo. Dios te ayude ahora a encontrar las mejores palabras para decir todo esto y a cumplir las mejores acciones para mantenerlo.

PEDRO LAÍN ENTRALGO.